

Sobre la destructividad humana

Autor: Gustav Erickson

I) ¿Todos somos violentos y destructivos?

El 15 de septiembre de 2014 fue publicado en la página de Caminos de la Libertad un artículo de Carlos Alberto Montaner titulado “El olor de la sangre”¹. En el mismo, el autor hace referencia a una noticia que fue difundida en todo el mundo en septiembre de 2014: las decapitaciones de los periodistas estadounidenses Steven Stloff y James Foley, y del cooperante británico David Haines; a manos de terroristas del Estado Islámico. En tal sentido, Montaner destaca como los islamistas convierten tales hechos inhumanos y crueles en shows siniestros, que luego sin ningún reparo divulgan a través de videos en la web. A medida que avanza en su argumentación; el autor se refiere a una serie de hechos dispersos y aislados entre sí, tales como: los espectáculos sangrientos de los gladiadores romanos, las decapitaciones durante la revolución francesa, los “rituales de lealtad” de ciertas pandillas centroamericanas, las tendencias homicidas del Che Guevara, e incluso, a los combates de Ultimate Fighting que se realizan en Estados Unidos en la actualidad; todo esto con el fin de apoyar su hipótesis de que los seres humanos somos violentos y sádicos. Para Montaner; la brutalidad, el homicidio, la violencia, la perversión, el sadismo... “son cosas de seres humanos” pues “así ha sido siempre”. Si esto es así, no se sorprenda estimado lector; si en algún momento tiene un conflicto con su vecino –o con cualquier otra persona– y termina decapitándolo. Si esto es así, usted y yo somos unos asesinos y sádicos en potencia; y el Sr. Montaner, con todo respeto; también lo es. Sin embargo, estoy seguro que no es así.

Antes de leer dicho artículo, ya había tenido deseos de escribir sobre el tema; sobre esa violencia y brutalidad que manifiestan ciertas personas y ciertas culturas, y léase bien: *ciertas personas y ciertas culturas*. De manera que las generalizaciones, tal vez estén sobrando. Entonces ¿por qué decir que todos los seres humanos somos agresivos y sádicos? ¿Esto significa que todos somos iguales? Más allá de la igualdad desde el punto de vista del derecho, de la justicia y de la ley propiamente; indudablemente las personas no somos iguales. Cada ser humano posee características diferentes: biológicas, genéticas, fisionómicas, psicológicas, éticas, ideológicas y culturales, entre otras. Cada ser humano posee el atributo del libre albedrío, es dueño y responsable de su vida, libre de tomar sus propias decisiones y con el deber de asumir las consecuencias de las mismas. Por tanto asegurar que todos los seres humanos somos agresivos y violentos, es desechar por completo el carácter individual que posee cada persona y que nos convierte en seres únicos e inigualables.

Ahora bien, el citado autor para respaldar su artículo se refiere al premio Nobel Konrad Lorenz y a su obra titulada “Sobre la agresión”, un texto en el cual el etólogo austriaco analiza los impulsos que motivan al hombre a atacar a otros seres humanos. Lo que tal vez desconoce Montaner, es que hace un tiempo, el reconocido psicólogo alemán Erich Fromm refutó a Lorenz en su obra “Anatomía de la destructividad humana” (1973). En dicho texto, Fromm destaca las notables competencias de Lorenz en el campo de la etología (Lorenz fue uno de los precursores de dicha área). No obstante, el campo de estudio de Lorenz – destaca Fromm– se centraba en el comportamiento de seres inferiores, específicamente, aves y peces. Esto implicó que el análisis de Lorenz sobre el comportamiento humano, se basara en analogías entre el comportamiento de aves y peces con la conducta del hombre, además, dichas analogías se sustentan en las experiencias de Lorenz en lugar de evidencia empírica y científica fehaciente. En tal aspecto, Fromm (op.cit) señala lo siguiente:

Lorenz, por otra parte, es un observador de los animales (y sobre todo de los animales inferiores), sin duda muy competente en su campo. Pero su conocimiento del hombre no va más allá del de una persona común y corriente, y no lo ha perfeccionado mediante la observación sistemática ni el conocimiento

¹ Consultar http://www.caminosdelalibertad.com/reflexiones/verReflexion/1865#.VMgrk9KG_NI

suficiente de la literatura. Supone ingenuamente que las observaciones sobre sí mismo y sus relaciones son aplicables a todas las personas. Su método principal sin embargo no es la observación de sí mismo sino las analogías sacadas del comportamiento de ciertos animales con el del hombre. Hablando científicamente, esas analogías no prueban nada; son sugestivas y agradables para el que quiere a los animales. Van de la mano con un alto grado de antropomorfización que encanta a Lorenz. Precisamente por procurar a una persona la agradable ilusión de que "comprende" "lo que sienten" los animales, se han hecho muy populares. (Pág. 17).

Así que la falla particular de la teoría de Konrad Lorenz está en explicar el comportamiento humano a través de comparaciones con peces y aves, y sin las pruebas científicas que lo respalden. Tal como señala Fromm (op.cit.):

La descripción que hace Lorenz del comportamiento humano normal es bastante pasmosa. Sin duda muchos hombres saborean el sentimiento de estar absolutamente en lo justo cuando cometen atrocidades, o para decirlo de un modo más propio de la psicología, muchos gozan al cometer atrocidades sin ninguna inhibición moral y ningún sentimiento de culpa. Pero es un procedimiento científico indefendible afirmar, sin siquiera intentar la presentación de una prueba, que se trata de una reacción humana universal, o de que es propio de la "naturaleza humana" cometer atrocidades durante la guerra, y basar esa declaración en un instinto supuestamente análogo al de los peces y las aves. (Pág. 21).

De la misma forma, en el mencionado artículo, Montaner en alusión a los videos filmados por los terroristas musulmanes y evocando el pasado de la humanidad (un pasado profundamente violento y destructivo por lo que se puede inferir de las palabras de Montaner), dice lo siguiente: "En esa época no existía YouTube. *Pero los seres humanos eran idénticos a los de ahora, a los de siempre*". ¿A los de siempre? ¿Qué quiere decir con "los de siempre? En este aspecto, no se puede afirmar que los seres humanos siempre han sido iguales, o bien, no es posible asegurar que el hombre de hoy es destructivo porque "así ha sido siempre". El hombre actual no es igual al hombre de hace 500 años, al primer Homo Sapiens aparecido hace mas de 40000 años, o a sus antepasados homínidos de hace millones de años; de hecho, la tecnología y la sociedad *per se* han avanzado tanto; que el hombre actual ni siquiera es igual al hombre de hace diez años. No podemos decir que la violencia es un factor genético y hereditario que pasa de una generación a otra. Podríamos decir que somos depredadores y salvajes porque así eran nuestros antepasados, pero eso sería ignorar el comportamiento de los homínidos antepasados del hombre. Respecto a esto, uno de los homínidos más antiguos fue el Australopithecus Africanus que vivió hace casi dos millones de años. Siendo uno de los primeros antepasados del hombre, este homínido no se caracterizaba por ser un depredador, pues si bien consumía pequeños animales; se definía más bien por ser un omnívoro sin técnicas de caza. Tal como explica Fromm (op.cit): "fuera o no cazador el australopiteco, no cabe duda de que los homínidos, como sus antepasados los antropoides póngidos *o mpungu* no fueron animales depredadores con la dotación instintiva y morfológica que caracteriza a los depredadores carnívoros como el león y el lobo." Aun así, se busca la forma de establecer un vínculo entre la conducta agresiva del ser humano con un pasado depredador y violento. La confusión se basa en los términos de cazador, depredador y carnívoro. Los animales depredadores, como los felinos, las hienas o los lobos; poseen características específicas, están programados genéticamente para atacar a especies mas débiles, encuentran su alimento atacando y matando a otras especies. Estos animales, son exclusivamente carnívoros. Pese a esto, todos los carnívoros no son depredadores (Fromm, op.cit.). Referente a esto el psicólogo alemán agrega : "la confusión consiguiente solo contribuye a implantar en el cerebro del lector la siguiente ecuación: el que come carne =carnívoro = depredador, luego el homínido antepasado del hombre fue un animal depredador provisto del instinto de atacar a los demás animales, entre ellos los demás hombres; luego la destructividad del hombre es innata".

No es que Fromm desconozca que la destructividad y la crueldad sean condiciones propias del ser humano, y por ende, no pertenecen a otros seres vivos, incluso, Fromm las califica como vicios humanos; capaces de destruir la vida, el cuerpo y el espíritu, y que no solo destruyen a la víctima sino también al mismo destructor (Fromm, op.cit.). Sin embargo, es fundamental entender la destructividad y la crueldad, precisamente como rasgos humanos. Aunque entenderlas no significa perdonarlas, pero si no las entendemos; no hay modo de

llegar a conocer cómo reducirlas ni los factores que tienden a incrementarlas (Fromm, op.cit). Por lo cual es muy precipitado afirmar que es una conducta universal y programada filogenéticamente. La destructividad a pesar de ser un vicio humano, no significa que todo ser humano sea capaz de desarrollarla y manifestarla. Es por esto, que Fromm distingue entre dos tipos de agresión (la agresión se puede entender como una manifestación de destructividad): una que es “benigna”, que compartimos con el resto de animales y que es defensiva; y otra que es “maligna” y que se refleja en la destructividad:

Debemos distinguir en el hombre *dos tipos de agresión enteramente diferentes*. El primero, que comparte con todos los animales, es un impulso filogenéticamente programado para atacar (o huir) cuando están amenazados intereses vitales. Esta agresión "benigna", *defensiva*, está al servicio de la supervivencia del individuo y de la especie, es biológicamente adaptativa y cesa cuando cesa la amenaza. El otro tipo, la agresión "maligna", o sea la crueldad y destructividad, es específico de la especie humana y se halla virtualmente ausente en la mayoría de los mamíferos; no está programada filogenéticamente y no es biológicamente adaptativa; no tiene ninguna finalidad y su satisfacción es placentera. (Pág. 6).

Efectivamente, como se subraya en la cita anterior: la agresividad no está programada filogenéticamente y no es biológicamente adaptativa. Por lo cual las conductas agresivas y crueles que reflejan muchas personas no se debe a la genética humana en sí misma, a un pasado remoto violento y depredador, o porque simplemente, así son los seres humanos. Puede decirse, que la destructividad, la agresión, la violencia o la crueldad son fenómenos que también tienen una fuente psicológica, neurológica, e incluso cultural; por ende pueden ser manifestados –en menor o mayor medida– por ciertas personas y sociedades. En este orden de ideas, los factores que estimulan la destructividad son diversos, pero Fromm destaca los siguientes: “En primer lugar siempre hay condiciones externas estimulantes, como las guerras, los conflictos religiosos o políticos, la pobreza, el aburrimiento extremo y la insignificancia del individuo. En segundo lugar, hay razones subjetivas: fuerte narcisismo colectivo, nacional o religioso...” respecto a esto, a lo largo de la historia muchos dirigentes políticos de personalidad sádica, narcisista, o de cualquier otro carácter perverso; han apelado a factores psicológicos para desencadenar en la población ciertos impulsos destructivos; un ejemplo de ello es Adolfo Hitler. Otras veces son los intereses propiamente económicos los que impulsan acciones de violencia, como refiere Fromm: “ Motivaron la primera guerra mundial los intereses económicos y las ambiciones de los dirigentes políticos, militares e industriales de ambos bandos, no la necesidad que tuvieran las diversas naciones implicadas de desfogar su agresión acumulada”. Durante la época del Imperio Romano, las circunstancias de hastío de la población, además de la insignificancia de la condición humana; contribuían a la creación de un contexto propicio para que los espectáculos de los gladiadores se presentaran como un medio de distracción para la gente; y como estos existen múltiples ejemplos, en los cuales la destructividad puede ser detonada por factores no biológicos o genéticos, es decir, factores culturales e ideológicos, políticos o económicos, entre otros; y comprender estos factores como potenciales estímulos de la destructividad es fundamental. Por tanto, acusar a la “naturaleza humana” de tales hechos, no solo es condenar a toda la raza y colocar a todos por igual en una misma balanza; sino que también es confundir la biología con las razones que realmente impulsan la violencia y la destrucción en el hombre.

II) La “naturaleza humana”

Debido a la complejidad de la personalidad, se han planteado diversas teorías que buscan explicar la agresividad humana: los modelos neurobiológicos, los modelos psicológicos y los modelos socio-culturales. El planteamiento de Konrad Lorenz –el etológico– encaja dentro de los modelos neurobiológicos (Gil-Verona, et. al. 2002)². De forma que no toma en cuenta las condiciones culturales y el contexto social e histórico del individuo; además de los elementos psicológicos y emocionales, y de forma general; el carácter y la personalidad que en cada ser humano es diferente. Definitivamente no todos los seres humanos son crueles y aberrados, y no es la denominada “naturaleza humana” la que impulsa tales acciones. De hecho, tal concepto de “naturaleza humana” tiende a ser ambiguo y difuso, pues a diferencia de los animales que si poseen una

² Psicobiología de las Conductas Agresivas (2002). Gil-Verona, et. al. Vol. 8, N^o 2, 293-303.

naturaleza determinada, el ser humano no. Por ejemplo, el león no mata a la gacela y la devora por que sea cruel o malvado, sino porque esa es su naturaleza, así están programados. Nunca veremos a un león carnívoro y a otro herbívoro, porque simplemente un león no puede modificar su conducta.

Muchas personas esgrimen el concepto de “naturaleza humana” a la ligera, como si fuesen expertos en antropología, biología o psicología; sin embargo no toman en cuenta que hay tantas conductas como seres humanos sobre la faz de la tierra, de manera que eso que llaman “naturaleza humana” no es estático e invariable, no es igual para cada persona, no es una especie de estándar o carácter genético homogéneo; al contrario de los animales, en el hombre no es tan sencillo hablar de una naturaleza, en tal caso; deberíamos hablar de miles de millones de naturalezas, es decir, cada ser humano posee una “naturaleza” diferente. En tal sentido, Fromm haciendo referencia a las poblaciones que emprenden acciones destructivas sobre grupos sociales diferentes explica lo siguiente:

No es la naturaleza humana la que hace una súbita aparición sino que el potencial destructivo es favorecido por ciertas condiciones permanentes y movilizado por acontecimientos traumáticos súbitos. Sin estos factores provocadores, las energías destructivas de estas poblaciones parecen dormidas, y no son, como con el *carácter* destructivo, una fuente de energía constantemente manando. (Pág. 194).

Si en dado caso, nacemos con una misma naturaleza, esta se va transformando con el tiempo; a medida que nuestro carácter y personalidad evolucionan, esa “naturaleza” con la cual nacemos se va alejando de nuestro origen. En tal aspecto, los elementos culturales y sociales que influyen en la conducta del hombre son fundamentales para formar la personalidad. No es igual la cultura de los monjes budistas que profesan principios favorecedores de la vida, a la cultura de los grupos terroristas islamistas que promueven la violencia desmedida contra sus “no iguales”. Las conductas pueden ser aprendidas, mas no se heredan genéticamente. Aquellos que son violentos por genética sufren de violencia patológica, esta es provocada por “alteraciones psíquicas primarias o por modificaciones anormales del funcionamiento cerebral” (Gil-Verona, et.al. op.cit.). Pero también se puede ser violento por la cultura, por los principios inculcados, por paradigmas dañinos. Bajo este tipo de sociedades, la personalidad es moldeada por modelos degenerados que por diversos motivos profesan el odio, la violencia y la crueldad. En este orden de ideas, a finales de septiembre de 2014 la actriz británica Emma Watson³, sorprendió a muchos con su discurso ante la ONU a favor de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. En dicho discurso, Watson señaló una situación muy común en el mundo y que refleja como la cultura y los paradigmas pueden moldear la conducta de la gente: “Si al hombre no se le hace creer que tiene que ser agresivo, la mujer no será sumisa. Si al hombre no se le enseña que tiene que ser controlador, la mujer no será controlada”. El machismo, esa conducta misógina que ha todos de alguna u otra forma nos enseñan ¿Es algo genético, biológico o heredado de los Australopitecos o del primer homo sapiens? No lo es, pues el machismo es un paradigma. Sin embargo, lleva consigo tintes de violencia y sadismo, de discriminación, de crueldad y destructividad.

El maltrato hacia la mujer es común, hacia los niños también es muy frecuente; y hacia el hombre es más habitual de lo que creemos. Pese a esto, esa actitud dominante y violenta no es algo con lo que nacemos, aun así; en muchas familias se inculcan principios que fomentan estas conductas. Asimismo, al militante del ISIS se le enseña a ser un asesino, mas no nació asesino; seguramente si hubiese sido criado en un monasterio, es muy probable que fuera un monje en lugar de ser un homicida. Cada sociedad posee sus propias normas de conducta, su propia cultura, y el comportamiento individual se ve influido por los principios sociales y también por ciertos patrones psicológicos. En tal aspecto, Fromm (op.cit.) explica lo siguiente:

Podemos descubrir, por ejemplo, que el sadismo es mucho más frecuente en los individuos frustrados y las clases sociales que se sienten impotentes y tienen poco placer en la vida, por ejemplo la clase baja de Roma, a la que se compensaba su pobreza material e impotencia social mediante espectáculos sádicos, o la clase media inferior de Alemania, en cuyas filas reclutó Hitler sus más fanáticos adeptos; también se puede

³ Discurso en favor de la igualdad de derechos entre los hombres y las mujeres en el marco de la campaña HeForShe.

hallar en las clases gobernantes que se sienten amenazadas en su posición de dominio y su propiedad, o en grupos reprimidos con sed de venganza. (Pág. 93).

Estos individuos o grupos sociales desarrollan lo que pudiera denominarse una no inhibición contra el acto de matar, generada por la falta de identidad o endopatía, (Fromm, op.cit). En este sentido, las personas ajenas a esta clase de sujetos o grupos sociales, suelen ser vistos como “extraños”; las personas no son observadas como semejantes, sino como “algo”, objetos o cosas con las que no se identifican. Dentro de las ideologías totalitarias, es normal plantear a los rivales políticos e ideológicos como seres extraños sin ningún valor y completamente deshumanizados; siendo calificados peyorativamente para expresar esa supuesta falta de humanidad: apátridas, traidores, vende patria, y todo tipo de insultos que despojan a la persona de su humanidad. Así como ellos; muchos grupos dominantes a lo largo de la historia, cometieron barbaries y matanzas bajo circunstancias diferentes pero por impulsos psicológicos análogos. Sobre esto Fromm (op.cit.) destaca: “Casi parece una regla que cuando uno desea hacer más fácil para su bando la eliminación de seres humanos del otro, inculque en sus propios soldados la idea de que los que se trata de suprimir no son personas humanas”. De forma que con el subterfugio de la defensa de los valores nacionales, de la religión, de la patria o de la clase; estos grupos sociales terminan desarrollando un comportamiento sádico orientado a causar daños físicos y muerte. En tal sentido, Fromm (op.cit.) señala lo siguiente sobre el comportamiento sádico no sexual:

El comportamiento sádico no sexual que apunta a infligir un daño físico hasta el extremo de la muerte tiene por objeto un ser inerte, humano o animal. Prisioneros de guerra, esclavos, enemigos derrotados, niños, enfermos (en especial los mentales), presos, gente de color sin armas, perros ... todos ellos han sido objeto de sadismo físico, a veces con las más crueles torturas. Desde los crueles espectáculos romanos hasta las modernas unidades policíacas, la tortura se ha empleado so pretexto de fines religiosos o políticos, y a veces de plano para divertir a las masas empobrecidas. El Coliseo de Roma es ciertamente uno de los mayores monumentos al sadismo humano (Pág. 202-203).

Ahora bien, la destructividad en nuestros días no solo se observa en los ámbitos más altos del sistema social; pues lamentablemente en planos más individuales se presencia elevados niveles de violencia y de carencia de endopatía, y especialmente, de respeto. Cuando un hombre misógino discrimina o maltrata a una mujer, cuando un homofóbico humilla a un homosexual, cuando un racista desprecia a un latino, afrodescendiente o asiático; está manifestando esa falta de identidad y endopatía hacia su semejante, una condición que puede desencadenar a una no inhibición hacia el acto de matar. De forma que la destructividad puede adoptar múltiples rostros y expresiones. En algunos casos la crueldad, la violencia y la agresividad se limita a aspectos morales, emocionales o espirituales; en otros trasciende y se convierte en torturas físicas y homicidios, o puede adoptar otros rostros: la destrucción de la sociedad, la corrupción de los principios, la mutilación de los derechos económicos, políticos y civiles; el cercenamiento de la libertad de cada persona... A pesar de que este contexto es terrible, decir que el ser humano es así, es justificar tales actos bárbaros e inhumanos. Una vez más, Fromm sale a relucir:

La sociedad contemporánea, con su disposición casi ilimitada a suprimir vidas humanas por razones políticas o económicas puede defenderse mejor contra la cuestión elemental humana de su derecho a hacerlo así, entendiendo que la destructividad y crueldad no son engendradas por nuestro sistema social sino que son cualidades innatas en el hombre. (Pág. 96).

Por tanto, al decir “así son los seres humanos”; se encuentra la excusa perfecta para justificar toda la violencia en el mundo y en la historia, dejando a un lado los defectos de nuestro sistema social y cultural, y colocando todo el peso del problema en ese concepto ambiguo de la naturaleza humana. Con esta simple frase justificamos a Hitler, Stalin, Pol Pot, a los terroristas de todo el mundo, a los violadores y asesinos, a los maltratadores y explotadores, y a un gran número de seres destructivos y crueles que han desfilado –y aun lo hacen– por el mundo. Al decir “así son los seres humanos” nos colocan a todos en una misma balanza, sin tomar en cuenta nuestras marcadas diferencias morales, culturales, biológicas, genéticas y psicológicas. Como

diría José Ortega y Gasset: “*yo soy yo y mi circunstancia*”. De forma que yo no soy un sujeto cruel y despiadado con tendencias sádicas y destructivas, y estoy seguro que usted mi estimado lector; tampoco lo es.

III) La búsqueda del poder

El mundo es la representación del hombre: de sus ideas, de sus pensamientos, de su voluntad. De forma simple: el conjunto ha nacido del uno, el individuo precede al todo. Por ende, pudiéramos considerar que las guerras, la violencia, la pobreza, el hambre, e incluso, la banalidad, la maldad, la envidia... todos estos flagelos materiales e inmateriales que dañan y corrompen al hombre, son producto de la destructividad humana, son producto de él mismo.

El hombre para poder evolucionar tuvo que luchar contra sí mismo, tuvo que domesticarse a sí mismo, para luego domesticar al mundo salvaje. No obstante, por consecuencia el hombre también tiene que luchar contra el sistema social que él mismo diseñó a su imagen y semejanza. Un sistema que contiene la substancia de la existencia misma del hombre, un sistema que refleja paradojas perversas: altos rascacielos confluyendo con barrios miserables, ricos ejecutivos confundiendo con pordioseros y drogadictos, hombres honrados y honestos coincidiendo con violadores y asesinos; todo un paisaje asimétrico producto de la mente del hombre. Aun así, la civilización actual –para bien o para mal– es un triunfo del hombre sobre la barbarie, un triunfo de la humanidad sobre la bestialidad. Quizás las cosas son peores de lo que desearíamos, pero si no fuera porque en incontables ocasiones la racionalidad y la inteligencia, y más allá de esto; la humanidad misma del hombre, han logrado imponerse sobre la animalidad; las cosas fueran mucho peor. Solo basta imaginar por un momento lo que ocurriría si en toda nuestra raza se desplegara la destructividad y crueldad que muchos seres humanos manifiestan. A pesar del panorama terrible de la actualidad, muchos apostamos por la racionalidad y por la humanidad.

Pero la destructividad es solo un componente de la realidad humana. La destructividad es compleja y puede ser una manifestación de diversos deseos o impulsos, como trastornos mentales patológicos, problemas neurológicos, y en otra categoría: el placer, el odio, la envidia, el resentimiento o el poder. En este sentido, pasiones como el placer o la envidia, impulsan al ser humano a realizar acciones crueles, sin embargo, el poder en el hombre tiene especial significado; y en múltiples ocasiones es el núcleo de las acciones destructivas de diversas personas o grupos. Muchos desean someter y ser sometidos, ansían ser amos y ser sirvientes. Dos extremos nocivos de la compleja personalidad humana. Los que buscan afanosamente el poder terminan subyugando a los otros y aquellos que se empeñan en ser sumisos terminan entregándose a su semejante, pero ambos, de alguna u otra forma; atentan contra la libertad⁴. Muchos seres humanos tratan de encontrar un equilibrio entre estos dos puntos. Aun así, cuando prueban y disfrutan el poder que son capaces de ejercer sobre otros, o cuando experimentan el placer masoquista de la sumisión; se envilecen, se corrompen, se degeneran. Respecto a este punto, Fromm establece un vínculo entre el sadismo y el poder, planteando la siguiente idea:

El fondo del sadismo, común a todas sus manifestaciones, es *la pasión de tener poder absoluto e irrestricto sobre un ser vivo*, ya sea animal, niño, hombre o mujer. Obligar a alguien a aguantar dolor o humillación sin que se pueda defender es una de las manifestaciones del poderío absoluto, pero no la única. La persona que tiene un poder total sobre otro ser vivo hace de ese ser su cosa, su propiedad, mientras que ella se convierte en dios del otro ser. A veces incluso puede ser bueno el poderío, en cuyo caso podríamos hablar de sadismo benévolo, como el que se halla en los casos en que una persona manda a otra por su propio bien, y en realidad la favorece de muchos modos, salvo que la tiene en servidumbre. Pero en general, el sadismo es malévolo. (Pág. 206-207).

⁴ En relación a esto, las pasiones humanas tienden a ser irracionales, algunas personas sadomasoquistas por el derecho que tienen sobre su cuerpo consideran que sus acciones son “normales”; para ellos el someter a otros, causar daño y dolor son prácticas habituales, pero reflejan acciones irracionales y perversas (desde la psicología) pues atentan contra la vida misma.

Esa búsqueda de poder y las manifestaciones destructivas y sádicas del mismo, se observa en muchas partes del mundo. Es bien conocido que diversos conflictos bélicos se han cobrado la vida de miles de personas en todo el mundo en los últimos años. Según el Reporte Internacional Anual 2013 sobre la infancia afectada por la guerra, entre 2003 y 2013; 2 millones de niños murieron a causa de un conflicto armado y 6 millones quedaron discapacitados o lesionados de por vida. Más de 300.000 menores son usados como combatientes y decenas de miles de niñas sufren violaciones, y las cifras son aun más terroríficas. En países como Siria, miles de niños y adolescentes son secuestrados para combatir; aunque otros lo hacen “voluntariamente” impulsados por sus padres, que también son asesinos. En este tipo de culturas, el carácter y la personalidad propia de cada ser humano son aniquiladas. Este tipo de sistemas, al igual que los nazis o los comunistas, apela a los símbolos y valores sagrados para excitar en la gente impulsos agresivos hacia sus semejantes. En este caso, se trata de una agresión defensiva, pues la persona cree que su adversario está profanando sus valores sacros y por tanto debe defenderlos hasta la muerte. Fromm (op.cit.) lo explica con más detalle:

El hombre necesita no solo un sistema de orientación o enfoque sino también objetos de devoción, que se convierten en necesidad vital para su equilibrio emocional. Cualesquiera que sean —valores, ideales, ancestros, padre, madre, la tierra, la patria chica, la nación, la clase, la religión y centenares de otros fenómenos— le parecen sagrados. Las costumbres mismas pueden ser sagradas, porque simbolizan los valores establecidos. El individuo —o el grupo— reacciona a un ataque contra lo que considera "sagrado" con la misma agresividad y rabia que si se tratara de un ataque contra su vida (Pág.140).

Así que en los territorios musulmanes se impide la libre realización de cada niño o niña, y en su lugar se construyen máquinas de matar sin ningún vestigio de humanidad. Para ellos la libertad y el sentido de la existencia, se alcanzan al exterminar al enemigo (quien está profanando lo sagrado), pero primero hay que exterminar al propio individuo. Hoy día en los terroristas musulmanes, la destructividad y la crueldad reflejan una perversa paradoja en el ser humano, pues expresan la vida volviéndose contra sí misma en el afán de buscar su sentido (Fromm, op.cit). Estos criminales en sus acciones brutales, demuestran el vacío de sus vidas y que la misma para ellos no tiene ningún sentido o significado fuera del Islam. Parafraseando a Fromm: los terroristas musulmanes (así como todos los sujetos destructivos) son personas enfermas y torcidas que no han encontrado una mejor salida al problema de haber nacido humano, asimismo; puede decirse que son personas que eligieron un camino equivocado en busca de su salvación. Sin embargo, Siria es solo un ejemplo, pues el citado reporte sobre la infancia afectada por la guerra, destaca que más de 250.000 niños toman las armas para combatir en guerras y conflictos armados movidas por intereses económicos y el narcotráfico en 24 países del mundo. De modo que si bien en la actualidad los grupos islamistas se muestran como una amenaza para el mundo occidental; ellos no son los únicos que están cometiendo terribles crímenes en nuestro planeta. En este sentido, Latinoamérica no escapa de esta realidad, nuestra región también es víctima de la búsqueda depravada y enfermiza del poder.

Durante septiembre de 2014, México se convirtió en una triste referencia en el mundo, debido al dantesco asesinato de 43 estudiantes en Ayotzinapa en el estado de Guerrero a manos del narcotráfico, en complicidad con el alcalde de Iguala y su esposa ¿y por qué no decirlo? Bajo la sombra cómplice del gobierno mexicano. Por puro y simple poder fueron asesinados brutalmente estos jóvenes universitarios. Por el control del mercado de la droga se desató sobre ellos toda la destructividad y crueldad humana. Esta condición de agresividad es propiamente humana, es cierto, pero estos muchachos eran diferentes; a ellos no los movía la brutalidad o el poder, ellos luchaban por sus derechos, por los derechos de su gente, y más allá, por su deseo de libertad. Ellos no eran unos asesinos, bárbaros e inhumanos. Ellos no desarrollaron esa condición, terrible y nefasta; una condición que si desarrollaron sus verdugos y victimarios. Y así como ellos fueron víctimas de unos salvajes, víctimas inocentes y libres de esa crueldad y brutalidad; en el mundo hay millones de víctimas: ya sea de criminales, terroristas, políticos y gobiernos autoritarios, o simplemente de individuos abusivos, vulgares “matones” al servicio de sus propios deseos crueles y enfermizos.

El poder económico, político, social o cultural; es uno de los motores principales de los narcos, de políticos, de terroristas y de muchísima gente sádica, inhumana y motivada por principios aberrados, e incluso; en algunos individuos el poder sexual es su estímulo vital. No obstante, esas manifestaciones perversas del poder no mueven a todos los seres humanos. Es deprimente e indignante adentrarse en los datos sobre violencia y crímenes contra la humanidad en el mundo. Pero la mayoría no estamos de acuerdo con toda esta destrucción, la mayoría no queremos convertirnos en “efectivas, violentas, selectivas y frías máquinas de matar” como diría el Che Guevara. Sin embargo, la gran contradicción es que muchos individuos y grupos sociales destructivos y violentos, a pesar de ser minoritarios, aglutinan un gran poder; especialmente político, financiero y cultural. Aun así, viendo el otro lado de la moneda, el ser humano también se ha caracterizado por un rasgo que nos ha permitido avanzar pese a todas las calamidades: la búsqueda de la libertad, que de alguna forma puede asumirse como el opuesto a la búsqueda del poder.

IV) La búsqueda de la libertad:

La cultura de un hombre verdaderamente civilizado tendrá entre sus principios rectores a la libertad, no al poder. ¿Por qué? Porque al contrario del poder, la libertad nos concede el don de la creación, la libertad rompe las cadenas que reprimen nuestra alma, la libertad nos permite ser nosotros mismos sin dañar a los demás, sin ser tiranos u opresores. La ciencia, el arte, la tecnología, inclusive, sentimientos como el amor, nacen de la libertad. Es cierto que de épocas terribles de nuestra humanidad, surgieron maravillosos científicos o artistas; pero no debe dudarse que las expresiones más sublimes del genio y del espíritu humano, solo pueden emerger de la libertad; y por tanto, concebirlas sin ella, sería absurdo e incongruente. Si nos fijamos en todo lo que nos rodea, si le damos un vistazo a la historia de la humanidad; nos daremos cuenta que mientras más poder concentra un hombre o un grupo social determinado, menos libertad queda para el resto. De forma que entre todas las amenazas que puede enfrentar el hombre, la amenaza hacia su libertad siempre tendrá una importancia considerable, tanto individual como socialmente.

Existen opiniones que sostienen que el deseo por la libertad es resultado de la cultura y del condicionamiento por el aprendizaje, y aunque si puede considerarse como una especie de logro del ser humano; también puede indicarse que el deseo de libertad es una reacción biológica del organismo humano (Fromm, op.cit.). En este sentido, la historia de la humanidad es la historia de las luchas por la libertad, es la historia de revoluciones y de acciones contundentes en pro de la libertad. Desde la guerra de la liberación de los hebreos en contra de los egipcios, hasta las revoluciones norteamericana, francesa o latinoamericana, pasando por las luchas contemporáneas que se libran en todo el mundo. A lo largo de la historia, diversas naciones y clases han luchado por su libertad cuando había un mínimo chance de obtener éxito, e incluso, cuando no había garantía alguna de victoria. El deseo de libertad despierta un sentimiento tan profundo en el ser humano, que muchos dirigentes han empleado el slogan de que estaban liderando a su pueblo en la lucha por la libertad, cuando realmente su verdadero propósito era oprimirlo. Como dice Fromm(op. cit.): “Es prueba inconfundible del poder que tiene esa promesa para los corazones humanos, el que incluso los adalides que quieren suprimir la libertad consideran necesario prometerla”.

En esa búsqueda de la libertad, son muchos los que han perecido en manos de sus opresores: ya sean dictadores, terroristas o criminales; y hasta los mismos “seres queridos”, vecinos o personas de nuestro entorno pueden tomar tal figura: unos padres sádicos que maltratan a sus niños, un esposo violento que golpea a su mujer, un maestro que tortura psicológicamente a sus estudiantes, compañeros de clase que practican despiadadamente el bullying... algunos luchan por escapar de los martirios, luchan férreamente por su libertad, otros sin embargo; prefieren guardar silencio, a veces por costumbre, otras veces por miedo. En este aspecto, diversos factores emocionales pueden influir en la inacción ante la opresión destructiva: el miedo es uno de los principales, pero también se encuentra el conformismo, la apatía, la resignación y la costumbre.

En este orden de ideas, muchas mujeres maltratadas no denuncian a sus parejas por miedo, igual ocurre con algunos niños o adolescentes que sufren de bullying, algunas veces es la costumbre al maltrato lo que genera

la inacción. Sin embargo, un ejemplo que reúne todos los factores emocionales mencionados, se halla en las sociedades regidas por sistemas autoritarios. Este tipo de gobiernos conduce a las personas por una espiral destructiva que termina arruinando la economía, reprimiendo a la sociedad, limitando el progreso, y demoliendo todos los sueños y metas de un país. En estas sociedades, aun cuando la mayoría de las personas se encuentran insatisfechas con su calidad de vida, están en desacuerdo con las negligencias y arbitrariedades del gobierno, o simplemente tienen opiniones e ideas contrarias al sector gubernamental; no ocurre ningún cambio que beneficie a la gente. Venezuela hoy día encaja perfectamente en esta descripción.

En el país suramericano se ha desatado toda una espiral de destrucción estimulada por su gobierno. Los daños psicológicos, emocionales y culturales no se hacen esperar: los venezolanos progresivamente están siendo “domesticados” por el sistema, no se han dado cuenta –y tal vez nunca lo hagan– pero han perdido su personalidad, les ha importado poco o nada sacrificarse como individuos, someter su libertad y voluntad a fuerzas externas, el sistema se ha afianzado tanto en el país y en los venezolanos mismos, hasta el punto que los daños que están sufriendo quizás sean irreversibles. En este orden de ideas, el incumplimiento de las leyes en todos los niveles, la falta de justicia y la impunidad, la corrupción en todo el sistema burocrático y en la misma ciudadanía, la inexistencia de instituciones transparentes y efectivas, y toda una serie de vicios; estimulan la destructividad en Venezuela. Desde las acciones autoritarias del gobierno, hasta abusos de funcionarios públicos como fiscales, militares o agentes de policía; pasando por crímenes como secuestros, robos y asesinatos... en Venezuela se presencia un panorama que resulta toda una oda a la destructividad. Para el gobierno, no ha sido suficiente con acabar con la economía y con arruinar las relaciones sociales, pues es necesario destruir todo lo que no sea compatible con el llamado “Socialismo del siglo XXI”, empezando con la individualidad de cada venezolano, y por consecuencia con su libertad. Pese a esto, nadie hace nada. El miedo a sufrir de algún abuso o maltrato, la costumbre a la situación decadente, el conformismo por las migajas que da el gobierno, la resignación ante el caos, o la apatía e indiferencia ante el futuro o el mismo presente; son factores que hoy distinguen a los venezolanos. Y para fortalecer el sistema, el gobierno venezolano hace uso de un gran aparato propagandístico ya sea para estimular la agresión, o para reforzar el miedo y la costumbre.

Esta destructividad que se observa en el gobierno de Venezuela (y en otros sectores del país) es diferente a la de los islamistas, a la de los narcotraficantes, a la de los homicidas... pero existe un punto en común entre todos estos grupos, y es el poder. Fromm explica esto de forma sencilla pero contundente: “El poder total sobre otro ser significa menoscabarlo, ahogarlo, malograrlo. Ese poder puede ser de todas las formas y en todos los grados”. Ahora bien, por esta lamentable situación ¿hay que concluir que todos los venezolanos son seres destructivos? Si partimos del supuesto de que la destructividad es innata y que es inevitable desarrollarla y expresarla, entonces la respuesta es sí. No obstante, a lo largo de este ensayo se ha tratado de explicar que esta afirmación es errónea. No todas las personas son destructivas; solo una minoría (partiendo por los que ostentan el poder) son los que pudieran considerarse seres destructivos. No obstante, así como le ocurre a millones de personas (o grupos sociales particulares) víctimas de maltratos y crueldades; en Venezuela existen factores emocionales que posibilitan el mantenimiento del sistema destructivo e impiden luchar por la libertad.

V) Epílogo

En este punto del ensayo se puede realizar la siguiente pregunta: ¿cuál es la salida a la destructividad? Ante casos puntuales como el de Venezuela, reemplazar el nefasto y caducado modelo económico, social y político; por un sistema que genere condiciones óptimas para crecer y que sea compatible con el progreso, la prosperidad de los ciudadanos y las exigencias del mundo moderno; supondría una alternativa ante la destrucción actual. Una modernización y reforma institucional (que las leyes no sean solo “letra muerta”), un verdadero sistema democrático, la liberalización de la economía y el respeto a la libre empresa, la reeducación de la ciudadanía, y una serie de complejos y extensos pasos, son necesarios en el país suramericano para salvaguardar la libertad; y para que la sociedad venezolana se comporte nuevamente como civilización.

Además de ello, en Venezuela también es preciso suprimir la sugestión de la sociedad y el lavado de cerebros por parte de los grupos de poder; sumado a que los venezolanos deben reafirmarse como individuos y seres humanos cuyas vidas tienen sentido fuera de cualquier sistema ideológico, y que poseen (o pueden desarrollar) capacidades que les permitan progresar sin necesidad de supeditarse a un sistema determinado.

De manera individual, los casos de destructividad tienden a ser más complicados pues son incontables los individuos destructivos y las razones que los motivan. No obstante, en aquellas sociedades donde el respeto hacia la vida y la libertad de las personas sean principios básicos, los casos de destructividad pueden ser menores. Igualmente, el establecimiento de bases materiales que impulsen el bienestar de las personas, el desarrollo de oportunidades y el proveimiento de altos niveles de calidad de vida para todos los ciudadanos; resulta fundamental para incrementar los niveles de satisfacción de la gente con su propia vida.

Sin embargo, combatir la destructividad no solo se hace desde planos materiales. La cultura resulta vital dentro de todo este sistema. Como ya se dijo, aquellas sociedades donde se respeta a las personas en todos los ámbitos, la violencia –en muchas de sus expresiones– puede ser menor. Pero el respeto hacia los demás y la libertad como individuos, tienen que nacer de la base del respeto y de la aceptación de sí mismo; a partir de allí se debe construir en la sociedad, cimientos que permitan el desarrollo de principios que favorezcan la sana convivencia. En estas sociedades los ciudadanos podrán vivir mejor, igualmente y sumamente importante, serán sociedades que no amenazarán a otras. Este punto es trascendental, pues a medida que las naciones progresen y prosperen, el deseo por la dominación será cada vez menos interesante. Entre los individuos esta idea también puede aplicar; pues es una vía para mitigar la violencia y destructividad desencadenada por la insignificancia que pueda sentir algunos seres humanos y por el deseo –envidia– que nace de dicho estado emocional.

¿Pero qué hay de aquellas sociedades –como los musulmanes–, que han emprendido una lucha contra todo aquello que no forma parte de su sistema? Ellos viven en el pasado, inobjetablemente. Aun anhelan su antigua época de gloria, aun sueñan cuando fueron un poderoso imperio. Quieren revivir aquello, a diferencia de los chinos, que se han modernizado y apuestan por el futuro; los musulmanes viven del pasado. Esa pudiera ser la diferencia entre ambos en el largo plazo: China juega bajo las reglas modernas, se ha actualizado y emplea la diplomacia, la tecnología y la economía para llegar cada vez más lejos, los musulmanes en cambio; juegan a lo mismo de hace 50, 100, 500 o 1000 años. Tal vez empleen algunas tácticas de guerra moderna, quizás infiltren agentes o células en países desarrollados; pero el juego sigue sin variar: incitan la violencia y la destructividad, ansían una guerra global y contra toda la civilización, y en muchos casos siguen empleando métodos primitivos y extremadamente violentos para alcanzar sus propósitos. Ya sea por intereses económicos o de cualquier otra índole; los musulmanes pretenden imponerse pues creen que el mundo puede ajustarse a sus reglas opresivas y arcaicas; pero esa visión desfasada de la sociedad, tarde o temprano los hará fracasar.

En definitiva, si hay algo que distingue a los seres humanos son las diferencias entre ellos. La libertad cobra sentido y adquiere mayor fuerza cuando reside en la individualidad del ser humano y cuando se sostiene en esas diferencias. La libertad es capaz de expandirse cuando se alimenta de la diversidad humana. Más allá de cualquier sistema ideológico, económico o social, más allá de las falacias de los políticos y de las propuestas utópicas de los gurús de las ciencias sociales; es a través de las diferentes ideas, pensamientos, conocimientos, creencias, expresiones artísticas, ciencias, culturas y un sinnúmero de manifestaciones humanas; que la libertad puede vivir sin restricción alguna. La sociedad moderna no puede seguir avanzando sobre ideas obsoletas e inviables, sobre la intolerancia y el irrespeto, sobre la incomprensión de que cada ser humano es diferente y que tiene todo el derecho de serlo (siempre y cuando no dañe a los demás). Precisamente el mundo se ha construido a partir de esas diferencias, y en esa diversidad; existen seres maravillosos, y lamentablemente, seres terribles y destructivos. Entonces ¿por qué insinuar que todos somos iguales? Y más aun, ¿por qué sugerir que todos somos destructivos? Tal vez por falta de fe y esperanza en la humanidad. Sin embargo, no hay que dejar de creer, no hay que perder la fe y la esperanza, no hay que dejar de luchar impulsados por esa fe; pues el día que la humanidad deje de creer en sí misma, ese día significará el fin para la libertad.